A la luz del alba, mi luz y mi sombra se alargan

Raúl Domínguez

A la luz del alba, mi luz y mi sombra se alargan

Raúl Domínguez

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2024
©Raúl Domínguez, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-62-6
IBIC: DN
DEPOSITO LEGAL: M-8446-2024

Dedicado a Vicente David
y a mi perrito Lennon
y perrita Estrella

Bueno, no soy escritor, pero me gusta poner mis ideas en el papel. Y para empezar quiero contarles sobre mí. Nací prematuro a los seis meses, pesaba mil ciento cincuenta gramos, los médicos le decían a mi mamá que, si yo no comía, me moriría. Ante la magnitud de la noticia, empecé a comer y estuve en la incubadora durante cuatro meses. Mi madre me comentaba que una servilleta de papel sobraba de manta para mí.

Pasó el tiempo. Crecí en un pueblo de Valencia, en *Carcagente,* un lugar próspero con muchos almacenes de naranjas.

Seguí creciendo, jugando y yendo al colegio, pero nunca me gustó estudiar. De mi infancia puedo decir que era un niño sin miedo, me acuerdo de que muy pequeño a mi hermano mayor lo agarraba a mordiscos, cosas de chicos. El tiempo pasaba muy despacio, pero no tenía ninguna fijación.

Nunca estudié. Mi papá era albañil y mi mamá trabajaba en un almacén de naranjas. Con el tiempo, compraron un supermercado en la playa de Tabernes de Valldigna. Como conté, mi papá trabajaba en la construcción y mi mamá, junto con mis abuelos, estaban

en el supermercado. Me acuerdo que, en esos tiempos, yo era muy travieso; me bajaba por las noches a coger chocolatinas y me escondía en el armario a comer. Una noche mi mamá se levantó para ver cómo estaba y no me vio en la habitación, entonces se volvieron todos locos buscándome. Se fueron por todos lados, hasta salieron para la playa a ver si me encontraban, pero no me hallaron. Al final de la búsqueda, entró mi madre a la habitación y me vio dentro del armario comiendo chocolatinas.

Seguí creciendo. Y llegó el día que mi papá vio la ocasión de vender el supermercado.

Así fueron mis primeros años de niñez.

Hasta donde llegan mis pensamientos, puedo decir que crecí sano. Recuerdo que cuando tenía entre once y doce años, mi mamá me mandaba al colegio. No obstante, nunca entraba, jamás estudiaba, lo suspendía todo. El maestro me decía que, si yo iba y me presentaba a clases, él me ponía un punto, pero la verdad yo no asistía. Con mis amigos íbamos por las montañas cercanas, jugábamos todo el tiempo haciendo de las nuestras, ya que teníamos doce o trece años de edad, rompíamos cosas, cometiendo salvajadas.

Otras cosas que hacíamos, era entrar a las cuevas. Íbamos por el pueblo cogiendo las linternas que encontrábamos. Recuerdo que siempre teníamos suerte. Cogíamos la lotería y la vendíamos. De nuestras travesuras, siempre nos salvábamos una y otra vez, pero

la maldad estaba en la juventud. Saltábamos por los árboles, entrabamos a todos los sitios, robábamos cigarrillos en una fábrica y hacíamos cenas dentro de las casas vacías. Una de nuestras andanzas fue la siguiente: cerca de donde estábamos, teníamos un *pafeto* que con el tiempo cerraron, el lugar se llamaba Festa, era un sitio donde vivía un indigente que bebía mucho vino y estaba solo. Cuando llegamos a donde él se encontraba, le quemamos el colchón. Me acuerdo que el tío era maestro, pero por culpa de la bebida se quedó mendigo. El día que hicimos la maldad —imaginaros cómo acabaría—, el tío se cayó por las escaleras. Menos mal que nosotros estábamos debajo y no le pasó nada.

Otras de nuestras pillerías, fue cuando nos encontrábamos jugando en un almacén abandonado en un día de lluvia. Entre juego y juego, me resbalé y me caí, y me corté los tendones de la mano izquierda, para ser exactos, tres. Me operaron de la mano, yo no sabía lo que me habían hecho. Me enyesaron y escribieron sobre los brazos. Recuerdo que, con esa caída, aprendí a escribir con las dos manos, yo escribía con la izquierda, pero cosas de la vida, desarrollé la escritura con las dos manos.

Entre aventuras y aventuras, nos íbamos con los coches hasta una cueva que se llamaba las cuevas de las Maravellas. En el lugar había una casa china con tierras. Cuando llegábamos lo que veíamos, rompíamos. Recuerdo que me encontré una placa que decía:

Coca Cola, y le ponía: caca culo. Tirábamos piedras a las piscinas y hacíamos muchas fechorías propias de la juventud. Un día el guarda forestal nos pilló y avisó a nuestros papás. A los amigos míos sus padres les castigaron, pero mi mejor amigo Nando y yo no tuvimos problemas en casa.

Y así fue pasando el tiempo e íbamos haciendo de las nuestras. Cuando tuve trece años, mi mamá me llevó un día a hacerme fotos y vi donde guardaba la lotería. Al otro día mis amigos y yo entramos y cogimos la lotería e íbamos vendiéndola por ahí, y claro, nos pillaron. Bueno, no pasó nada, éramos unos chavales que sabíamos lo que hacíamos.

Seguí creciendo. Mi papá se hartó de la albañilería y abrió un bar y le ayudé de muy pequeño. En cuanto a mis abuelos, tenían algo de tierra con cultivo de naranjos. Mi mamá quería un adosado en la playa, pero mi abuelo y mi papá compraron más tierra y mi mamá se quedó sin el adosado. Desde los once o doce años, yo ya iba con mi papá a trabajar al campo y en el bar. Algo muy triste para mí, fue que mis abuelos se fueron con Dios muy pronto, todavía veo sus rostros en mi corazón. Recuerdo que mi primera moto me la compró mi abuelo. De mi papá puedo decir que bebía y fumaba mucho, pero era la persona más buena y trabajadora que he conocido. Él me enseñó a trabajar de lunes a domingo, igual que mi mamá en el bar, y mis abuelos

también, porque tanto por parte de mi mamá como de papá, eran gente sin miedo al trabajo.

El bar que tenía mi padre se llamaba San Antonio en Carcagente, donde la feria estaba cerca. En los días de fiesta, siempre estaba lleno de feriantes y de gente buena, y yo me iba de fiesta. Con los amigos hacíamos dedo y salíamos con el carnet falso a todas partes. Pasábamos de fiesta a un *pafeto* en el pueblo del lado. Unas de las cosas que hice fue empezar a beber y a fumar porros. Íbamos a la ruta del bacalao y allí comíamos pastillas, tripis, cocaína, de todo. Salíamos siempre de fiesta, todo el fin de semana, teníamos una vida alocada.

Yo trabajaba en el campo y en el bar, y me tomaba los días de fiesta para salir con mis amistades. Cuando llegué a los dieciocho años me saqué el título de peluquero. Una cosa negativa que me sucedió en aquellos tiempos fue que me enceraron de joven en la cárcel por vender droga. Eso ocurrió cuando tenía diecinueve años y cuando perdí la libertad vi lo que había allí dentro. Entonces no quise ser como la gente de allí y me dije: «Cada vez que me digan algo yo, voy a salir de a aquí», lo repetía más de tres veces.

Así empezó mi historia.

Estuve dos años allí dentro cortando pelos y en el hospital de ordenanza. Entré con un amigo porque nos pillaron juntos. Teníamos abogados buenos y con la suerte y con Dios, salí a los dos años. Me compró mi

papá un coche, pero después de preso, lo vendí. Era un Peugeot a gasolina. Cuando salí de la prisión me puse a trabajar en la monocapa y desde entonces trabajo en la obra. Lo de la cárcel afectó a mi papá de cáncer de páncreas. Siempre lo llevaré en mi corazón, por cierto, estas palabras que escribo van dedicas a él.

Después de salir de las celdas, tuve la ocasión de trabajar de autónomo en la obra, y con el tiempo encontré a la mujer de mi vida. Me casé, pero me descontrolé con la bebida y el carácter, entonces perdí la cabeza y le dije cosas a mi mujer que no tenían sentido. La situación no se aguantó más y me divorcié. Por estar días sin dormir irracionalmente, me marché de casa y tomé la decisión de decirme a mí mismo que no hay mal que venga que por bien sea, y me marché del lado de mi mujer. No volví y me hice de rogar. Hice que me echara de menos, no le contestaba, ni le respondía los mensajes; porque después de haberla cagado y si hubiera vuelto, quizá diría: «Ah, este tío se va y a los tres días está aquí». Y si hubiera vuelto, quizá comentaría: «Lo tiro de casa y a los tres días está aquí».

Después de aquella situación, nos encontramos mucho tiempo los fines de semana para tener relaciones de amor, estuvimos unos años viéndonos los *finde*. Con el tiempo ella encontró trabajo en Madrid, hoy en día sigue allí viviendo con un chico.

Yo siempre le decía a ella que quería su felicidad, cuanto más feliz fuera ella, más feliz sería yo. Puedo

contar que llevo treinta años riéndome de mi mismo, cada vez que me dicen algo, sea lo que sea, me alegro y me aprovecho de las palabras de los demás, porque si me tengo que insultar a mí mismo, lo hago.

En mi vida he ingresado en un centro llamado Fundación Amigo, está en Castellón. Todo fue por un descontrol de drogas, bebidas y sexo. Dios me ha hecho caminar tanto por el mal, como por bien. He aprendido de las dos caras en esta vida. Hay dos sabios, el hablador y el escuchador, porque si el mejor sabio habla y nadie lo escucha, no sirve de nada.

Toda la gente aquí me hace callar, aunque reconozco que hablo mucho, y ellos escuchan poco. Recuerdo que, a los días, cogí el Covid-19 aquí en el centro. Algo que también ocurrió en este lugar, fue que nos pasaron a unos pocos a la planta de arriba, y un individuo, hablando de pesas, al ver quien movía más peso se encaró como un niño, y me dijo:

—Cuerpo escombro.

—Alma vagabunda —le contesté.

Entonces se puso a chillarme, y me comentó:

—No le hable a nadie.

—No te tengo miedo —le respondí—: Le hablaré a quién me dé la gana, y no te hablaré a ti, pero a los demás sí, no tengo miedo.

Dios me bendijo. Sabía que no me pasaría nada mientras no hiciera daño a nadie, porque mi alma me protegía día y noche, en la luz y la oscuridad.

Todo el mundo dice que la mejor defensa es un buen ataque, y yo contesto que la mejor defensa es no tener que defenderse de nada. Y estas cosas la digo porque soy libra, y bueno, soy el «que se libra», porque es mejor no pelar. Yo decidí nacer muerto y a quien nace muerto, el universo y el tiempo nos da la vida y la energía inmortal. A veces veo que la gente es muy bromista y habla mucho, hasta el punto de meterse con los demás, pero en ocasiones se sobrepasan. Entonces cuando les dices cuatro verdades, se enfadan como niños de dos años.

Ahora están todos dentro y yo estoy fuera solo con la compañía eterna del universo, con muy buena energía y la luna arriba de mí, nunca he estado solo. Siempre le pregunto a la gente si en algún momento de la vida ha estado solo y todos me dicen que sí, y yo contesto que, en mi caso, nunca he estado solo porque estoy conmigo mismo. Hoy me levanté a las 7.15 de la mañana, enciendo la luz y me pongo hacer la cama. De pronto mi compañero de habitación me comenta que no podía encender la luz hasta las ocho de la mañana. Pero la voluntad del maestro más grande tanto en pasado como en futuro es Dios, por eso hay que hacer las cosas para Dios. No obstante, hay gente que le molesta las cosas correctas. Si esa persona ya estaba despierta, imaginaros qué le puede molestar lo que hacen los demás, pero no piensa en lo que hace él, por lo tanto, hay que tener en cuenta lo que hace uno mismo,

porque nadie es perfecto y no soy nadie para decirle a nadie qué hacer o qué decir. Sólo camino por el bien y por los demás.

Siempre he pensado que el alma del diablo es negra por fuera y la de Dios es de luz por dentro. Cada maestrillo tiene su librillo, tiene el brillo de la energía del universo y se hace verso y en el reverso, el universo se hace al caminar. En mi camino no hay ni principio ni fin, porque estoy en el fin de aquel principio y aquel principio de aquel fin. Pensando en estas palabras, imagino estar con un amigo y con él entrar en el mar, donde le pregunto si ve su final. Después de un breve silencio me contesta que no, entonces yo le digo que se dé la vuelta y lo verá, porque estamos en mar, estamos en el final de aquel principio. Porque el mejor libro de este mundo nace de estar muy abajo y de una libreta muy pequeña del tiempo y la sabiduría. Quien no tiene bien, no tiene alma y no tiene camino y anda sin pies.

Yo pienso lo siguiente:

Más vale pocos y buenos que mucho y malos, porque el término de la perfección es el término de la obsesión y término de la obsesión es el término de la locura. Por la verdad da miedo, la mentira da pena. Porque el negro es el color de la luna y el luto de los antepasados, porque no es como eran los míos, sino como yo los recuerde. Porque más vale muerto y recordado, que vivo y olvidado, la muerte nos sonríe a todos. Hay que devolver la sonrisa.

Para mí, la muerte es un capricho, una curiosidad, una forma de vida. Hay que leer las emociones que tengo en mis pensamientos, porque en el reino del silencio, yo soy el rey mudo. En el reino del habla yo soy el rey hablador. Porque yo no haré mil libros mal, intentaré mil veces hacer un libro.

Yo a mucha gente le hablo de mí mismo y le digo que mis palabras no valen para nada, que no llegan a ningún sitio y que no serán recordadas, no irán al cielo. No somos nadie para decirle a nadie a dónde va o con quién está. La gente se cree única y perfecta, yo siempre digo que, en la imperfección, está la perfección.

Hay gente que se cree que porque tiene dinero puede mirar a los demás por encima del hombro, ahí es cuando no es nadie, porque puedes ir con tu alma desnuda sin saber vestirla. Porque la gente, por desgracia para todos, tiene muy poca palabra, no sabe qué decir y cuándo hablar. Quiebran las compañías de seguros y siempre se están quejando y de una tontería se hacen un mundo. Sin embargo, tanto la psicología cognitiva como la inversa consiste en ser amable y amigable.

Voy a contar un ejemplo:

En estos últimos años, he trabajado de albañil y una mañana yo iba sucio para subir al coche de un compañero, y él me dijo que no podía subir. Le respondí: «Vale, tranquilo». Cogí mi coche y me fui almorzar. A los pocos días, fui almorzar y ese compañero quería subir a mi coche. Él iba como un pincel, entonces yo

le dije: «O te ensucias o no te dejo subir.» Claro, con esto quiero explicar que yo a su coche sucio no subía y él, limpio, tampoco. Le hice ver que las cosas al revés se ven de cara.

El mal parecerte bien y el bien más bien. Porque para hacer el bien a los demás es hacerte el bien a ti.

Mi libro nace detrás adelante y de delante atrás.

Saber caminar

En toda mi vida siempre he estado al lado del bien y no del mal, pero tuve momentos difíciles de la vida que me llevaron al mal. Con el tiempo aprendí que la suerte se la crea uno al caminar y al hablar tú creas el bien, y estarás creando tu buena suerte, porque no hay mal que dure más de cien años.

El universo y el tiempo son infinitos, se alimentan de la energía que crean. Cuando más energía crea, más grande se expande. Igual que yo, cuando más energía creo en los demás, más energía tengo para mí en mi camino, porque el que es persona no chilla, no insulta y no pega.

El universo no desperdicia nada, simplemente lo desecha para transformarlo. En el camino el humano siempre está pensando dónde meter su alma eternamente, ¿qué es una mente eterna?, porque en nuestro destino no somos el capitán, sino somos pasajeros y yo voy en el último vagón. El otro día vi la luz al final del túnel y era un tren que venía de cara.

Todo el mundo dice: «Qué diablos veremos mañana, si Dios quiere», pero si tu cuerpo no aguanta o si una forma de vida que no es de este mundo se presentara en tu casa por la noche, te mataría del susto. Por eso Dios no nos puede ayudar, porque el humano es muy miedoso y se cree muy fuerte y valioso.

Si el diablo nos visitara en nuestras habitaciones, nos mataría de miedo solo con verlo. Hablando claro, este mundo ha sido creado por el universo con tiempo, el mío y el de todos. Dan miedo las energías tanto de luz como de oscuridad, tanto los dioses y los diablos. La energía que los forman es del mismo universo, que conformamos también nosotros.